

Arzobispo Jiménez de Rada y dirigido a la victoria por Alfonso VIII, que había sido proclamado aquí, en Toledo, desde la torre visigoda de San Román.

Toledo, en función directiva, sin olvidar nunca su sentido militar, es el seguro centro de la vida castellana, por ser cabeza de Castilla en lo político y en lo militar, dirige la protesta comunera y al amparo de sus murallas se defiende Doña María de Pacheco, después de la derrota de Villalar, en donde cayera prisionero su caballeroso marido Juan de

Padilla, el jefe militar de la Comunidad. No es un capricho el que de Toledo saliera la protesta comunera, ni que entre sus caballeros se eligiera el jefe militar que había de mandarlos.

Perfil militar que se continúa en la guerra de la Sucesión ocurrida en el siglo XVIII, en la guerra por la Independencia a comienzos del siglo XIX y en nuestra última guerra, en la que se pone una vez más de manifiesto su valor y su carácter militar.

PASEOS Y CONVERSACIONES

Sabido es que existen múltiples maneras de pasar los ratos de ocio. Hasta —dicen— hay personas que descansan trabajando. Nosotros, desde luego, no somos de esos. Sobre cualquier otra diversión preferimos dar un paseo largo, lo más largo que resistan nuestras piernas, sin prisas, parándonos aquí y allá, en todas partes. Leer los anuncios de coñacs, los anuncios de hoteles, los anuncios de neumáticos; pararnos un rato, con las manos en los bolsillos, o saboreando un cigarrillo, frente a las granjas avícolas, blancas todas, bautizadas con nombres de mujer; sentarnos junto a las pequeñas, diminutas casas pegadas al borde mismo de la carretera, en espera del botijo de agua fresca; ver los barrancos de donde sacan arena para la construcción basculantes, carros y borriquillos; observar la actividad en un almacén de maderas, en los de Obras Públicas, en la estación de ferrocarril, en la pavimentación de una vía, en el campo, en un hotel de lujo... En fin: practicar un deporte tan español y tan sano como es el ver trabajar. ¡Qué delicia que siempre haya quien esté conjugando el verbo producir! Es bonito, palabra, el espectáculo de unos hombres mezclando arena y cemento, llevando cubos cargados —ligeramente, eso sí— y casando ladrillo con ladrillo; y el del zagal, la yunta y el arado haciendo surcos tan derechos como si fueran trazados con tiralíneas. Y no digamos nada de la belleza y hermosura de unas chicas que salen de unas casas de aspecto misérrimo, limpias ellas, elegantes, aire deportivo y reflejos en el cabello. Preceptivo el piropo, bajo delito de lesa españolidad.

Pero nosotros no somos, ni mucho menos, como los suecos, que incluso entre personas que están a diario horas y horas juntas, sólo se intercambian los «buenos días» y «hasta mañana, señores». De este país se cuenta —cuenta L. H. P.— que aquel a quien, por extraño fenómeno, le gusta el palique, no le cabe otra solución que hacerse guía o catedrático. O emigrar; pero es un remedio, este último, demasiado heroico.

Bueno, queríamos decir que, aparte el paseo, también nos gusta conversar y, miel sobre hojuelas, si nuestro interlocutor es sencillo, carente de pedantería y petulancia. Preferible trabajador manual, de esos hombres que en cruzándose con un semejante, conocido o no, en cualquier casa, calle o camino, obsequian con cariñoso saludo, amén de si el encuentro es en una taberna o en un bar, siempre tienen dispuestos unos céntimos para pagar unos chatos.

Con todos, es obvio, no se puede mantener el mismo tipo de conversación, a no ser el fútbol, pues ya se sabe que es común a todas las profesiones y a todos los credos.

Así, con el campesino, que bajo su capa de rudeza, de aparente ignorancia, encierra siglos de cultura, pues cultiva desde la tierra a la amistad, se puede hablar del tiempo. Nos dirá, sin apenas error, cuándo va a llover y a tronar; cuándo el día va a ser caluroso o nos va helar el cierzo. E intuye, presente, sobre la bondad de las personas, quizá por aquello de su conocimiento de los animales.

El barbero se adaptará en un santiamén a nuestros gustos, y nos

dará la más completa información de cuanto preguntemos.

El que se dedica a alguna actividad comercial, sobre los precios. Y le faltará tiempo para decir que todo viene con subida.

Con el albañil, de derechos sociales. Es el que más entiende de reglamentos. Se sabe el del Plus Familiar, los de los Seguros, Mutualidades... Si alguna vez tuviéramos un pleito en este sentido, no tendríamos inconveniente en que nos defendiera un peón del ramo de la construcción.

Si en cambio es con un sabihondo, con uno de esos individuos que a sí mismos se llaman intelectuales, estamos perdidos. Porque, verbi-gracia: surge el tema sempiterno de la carestía de la vida, y nos abruma a base de citas en griego y en latín, y nos larga una frase poco más o menos como esta: «El mundo está montado sobre falsos supuestos», para terminar su perorata aludiendo a la Metafísica y al Cosmos. Y nosotros pensamos, pero no lo decimos, porque de lo contrario pasaríamos —con razón— por brutos: ¿Qué tienen que ver los falsos supuestos, la Metafísica y el Cosmos con el precio de las patatas? Como no lo sabemos, preferimos hablar con el agricultor, el albañil y el barbero.

Y como no queremos que por hoy sean el paseo y la conversación en exceso largos, ¿terminamos? Hala.

CARLOS H. BUSTAMANTE

